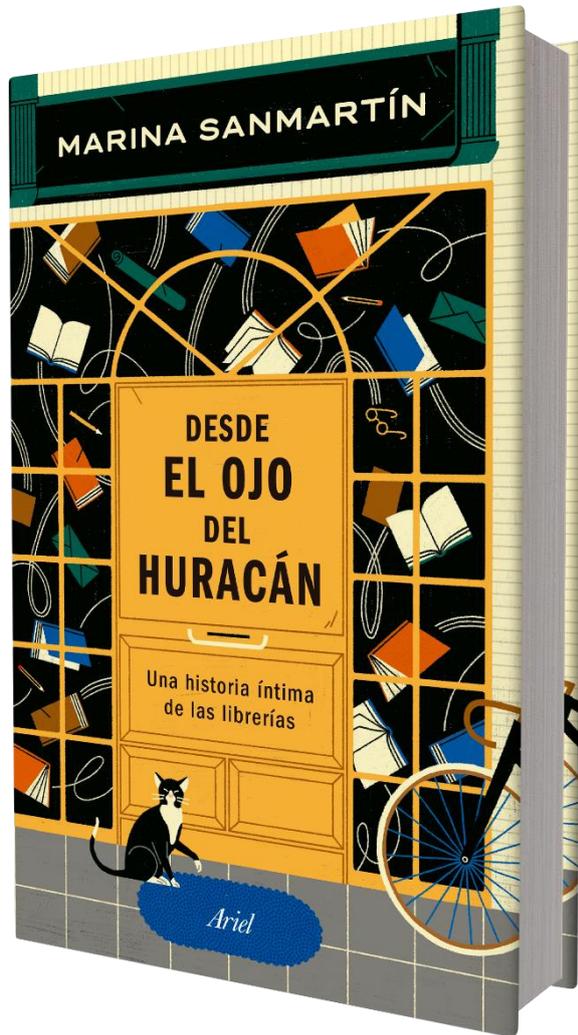


Ariel



MARINA
SANMARTÍN

DESDE EL OJO DEL HURACÁN

Una historia íntima de las
librerías

A LA VENTA EL 26 DE ABRIL

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

*Material embargado hasta su publicación

Para ampliar información, contactar con:
Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ iprieto@planeta.es

SINOPSIS

«¿Cuántos libros existen que hablen sobre los libros y las librerías? Algunos son realmente fantásticos, sin embargo, qué pocos son los librereros que se han atrevido a convertirse en narradores de su propia experiencia. ¿Qué historia contarían? Esta, que es la mía, es una descripción del paisaje narrado desde el ojo del huracán: una historia de las librerías, un recorrido personal que sin la literatura sería incomprendible.»

Esta obra, íntima a la par que universal, arroja luz sobre cómo estos objetos extraordinarios han cambiado a la humanidad y a cada uno de nosotros. Así, la autora nos propone un viaje que empieza en las imágenes de las cuevas prehistóricas y las tablillas de arcilla, pasa por la biblioteca de Alejandría y llega hasta el presente.

Marina Sanmartín describe una odisea que se dibuja en tres círculos concéntricos: la trayectoria vital de una lectora apasionada, las librerías en la actualidad como espacios de resistencia y cuidado y, finalmente, la historia universal de estas últimas. Una prueba flagrante de la indestructibilidad del libro como objeto y de la narración como tabla salvavidas.

LA AUTORA

MARINA SANMARTÍN PLA nació en Valencia, pero vive en Madrid. Lectora, librera, escritora y periodista, lleva toda la vida dedicada a los libros, que son su pasión. Actualmente es socia y gestora de las librerías Cervantes y compañía en Madrid y Ponferrada. Tiene una larga trayectoria como librera y es autora de cinco novelas, entre ellas, *Las manos tan pequeñas*, ganadora del Premio a Mejor Novela del festival Valencia Negra en 2022. Escribe con regularidad sobre ficción criminal en *ABC Cultural*, *El Periódico de España* y en su propia web. La literatura es casi, casi, su vida entera.



@masanma

@la_fallera_cosmica

www.marinasanmartinpla.com

EXTRACTOS DE LA OBRA

Primera parte

PREPARATIVOS PARA UN VIAJE EN EL TIEMPO

Partir

«Pero esta no es una historia sobre la pandemia (aunque, quizás, a su manera, también lo sea un poco); esta es una historia sobre librerías, libros, librerías y libreros, y también, por encima de todo, sobre la gente que, en el siglo XXI, elige de entre todas las opciones de ocio y enriquecimiento espiritual posibles ya no solo leer, sino, además, dedicar parte de su tiempo a sumergirse en los espacios reales e imaginarios de las librerías independientes, de las librerías de barrio como la nuestra.»

«Porque sí, esa también era yo, una mujer joven y perdida a la que los libros rescataron mediante una mezcla perfecta de pasión y azar.»

«¿Qué hombres y mujeres como yo, en otros lugares y otras épocas, habían convertido los libros en su vida entera y habían asociado el concepto de “hogar” al de una librería? [...] Así fue como decidí viajar en el tiempo y recorrer en paralelo, como si se tratara de dos círculos concéntricos, de una pantalla grande y un agujero diminuto en la pared, la historia de las librerías a través de sus protagonistas frente a mi modesta trayectoria y la de los profesionales del libro que me había ido encontrando en el camino, casi todos amigos, un periplo que se ajustaba a la deriva de la profesión no solo durante la irrupción definitiva del mundo digital en el sector editorial, sino también, y sobre todo, durante y después de la pandemia.»

Norte, sur, este y oeste (I): conceptos básicos

«[...] Esta sí que me parece una definición perfecta, pero ¿cómo se puede ser simultáneamente lugar seguro y campo de batalla? ¿Y por qué esta importantísima información sobre la identidad de las librerías no aparece en diccionario alguno? Cuando leo la entrevista a Almudena coincido con ella punto por punto; sin embargo, me resulta difícil explicar cuál es la razón tangible por la que lugares como La Buena Vida o la +Bernat son mucho más que un comercio. ¿Vendemos o generamos cultura?»

«¿Cuánto se ha escrito sobre los libreros, sobre lo que son o dejan de ser? ¿Cuántas ficciones se han ambientado en una librería? Son el lugar perfecto para alimentar el enamoramiento, como en *Hannah y sus hermanas*, en la que Michael Caine no para hasta dar con un ejemplar de la poesía de Cummings para Barbara Hershey, u *Olvídate de mí*, donde Kate Winslet trabaja en una e intenta olvidar en ella a Jim Carrey; pero también, por sus rincones más sombríos y a salvo de las miradas indiscretas, sus silencios y el juego de los libros, las librerías son el enclave idóneo para el encuentro y la comunicación de los espías, como en *El Premio*, que convierte a Paul Newman en un jovencísimo nobel de Literatura en busca de un científico interpretado por Edward G. Robinson.»

«Desde el ojo del huracán os puedo asegurar que los libreros no somos “médicos del alma” ni seres inapetentes capaces de consumir días enteros detrás de un viejo mostrador, con una taza de café en una mano y, en la otra, una novela de Camus o los sonetos de Shakespeare detenidos en el verso perfecto para impactar sobre el primer cliente que entre por la puerta. Desde el ojo del huracán os aseguro que un librero no es necesariamente un ratón de biblioteca, cuyo único

“escondite” son los libros... Es más bien al contrario, porque los libros nunca han sido un escondite, sino ventanas y puertas abiertas de par en par por las que atreverse a salir a la intemperie.»

Segunda parte

a. G. (ANTES DE GUTENBERG): MI PROPIA PREHISTORIA

Los primeros recuerdos

«El tiempo se parece a menudo a una *matrioshka*, no transcurre lineal, sino que se encierra en sí mismo, hacia dentro y hacia el abismo, como un juego de muñecas rusas o como esas escaleras imposibles de Escher, que se hundan, sin remedio y para nuestro asombro, hacia lo más profundo de la tierra. Todo ocurre a la vez, pero ¿cuál fue el principio? Tuvo que haberlo y hay tres preguntas que me sirven de guía:

- ¿Cuál es la prehistoria de las palabras?
- Cuál la del lector.
- Y cuál la de los libros y las librerías.

Confirmando en el diccionario — al que habréis observado que soy adicta— que la prehistoria es el “periodo de la humanidad anterior a todo documento escrito” y decido forzar el concepto, fechar mi propia prehistoria para dotar de sentido a mi modesta investigación. Así es como establezco que la prehistoria de las palabras se prolonga hasta la invención de la imprenta moderna con tipos móviles, a mediados del siglo XV, atribuida a Johannes Gutenberg, y comienza en una cueva oscura en la meseta egipcia de Gilf Kebir.»

El mercado de las ideas

«A menudo me reprendo a mí misma por hacer poco deporte. Salgo a correr, paseo, de uvas a peras completo una caminata por el monte..., y todo porque las campañas audiovisuales y las conversaciones con la gente que aprecio han injertado en mi subconsciente la acertada idea de que el deporte es básico para mi bienestar y no practicarlo me hace peor... ¿Cómo lograr lo mismo con los libros? Para mí es una gran incógnita, es un misterio la facilidad con que el ser humano se obsesiona con su cuerpo, para bien o para mal, y sin embargo no con su mente, a la que descuida o anestesia, anquilosándola con una pasmosa despreocupación...»

«Ante tan eficaz proselitismo, cuesta creer que hubo un antes tanto para el diseño del libro, que se nos antoja eterno, como para la transacción comercial que nos permite hacernos con él, original razón de ser de las librerías.

Trasladarnos a ese tiempo anterior nos obliga a retroceder más de dos milenios y a viajar por tres continentes. El abanico de posibilidades es muy amplio, son múltiples las pistas de aterrizaje, pero siguiendo los pasos de la excepcional ruta del conocimiento de Violet Moller, nuestro destino inicial será Alejandría en el 300 a. C., el símbolo de un mundo en el que, escribe Moller, “Alejandría se hallaba situada en el centro de una gran red de ciudades, entre las que cabe citar Atenas, Pérgamo, Rodas, Antioquía y Éfeso, y posteriormente Roma y Constantinopla”. Allí, “los libros y los eruditos se movían libremente en el pujante mercado de las ideas”.

«Hay una pregunta que, hasta ahora, nadie ha podido responder: ¿cuál fue la primera librería del mundo?

Pólux, un lexicógrafo del siglo II, cuenta que, en el 430 a. C., las librerías de Atenas fueron mencionadas en las comedias, descritas como “barracas donde se venden libros”; Irene Vallejo,

en *El infinito en un junco*, señala que, en ese mismo siglo, los poetas cómicos atenienses ya tenían una palabra para referirse a los vendedores de libros, que eran rollos de papiro: *bybliopolai*. Lo que parece estar claro es que la figura del librero, en aquel tiempo a menudo ambulante, antecede a la del espacio físico e inamovible de la librería; y también que, antes de perfilarse, independientes, los distintos actores de la cadena (autor - editor - distribuidor - librero - lector), los tres perfiles centrales fueron solo uno, porque quien editaba era a su vez el que vendía.

En cuanto al autor, tardaría mucho en recibir a cambio de sus escritos otra cosa que no fuera la fama — no ocurrirá hasta el siglo XVIII, durante el reinado de Ana Estuardo, por cierto magníficamente retratada por Yorgos Lanthimos y Olivia Colman en *La favorita*—; en cuanto al lector, en una constante convivencia con la oralidad, sus filas, como las de un ejército, se fueron incrementando durante la Antigüedad de forma amenazadora y silenciosa, desde la escuela de muchachas jóvenes de Lesbos a la Academia de Atenas, pasando por la fundación de las bibliotecas de Alejandría y Pérgamo, hasta que fue “casi imposible encontrar en una provincia un súbdito romano de educación cultivada que no conociera a la vez la lengua griega y la latina”.

Sí, aquí podríamos escribir (y escribo), recurriendo a una manida comparación, que el acceso al conocimiento se extendió como un virus. Pero ¿por qué no como un antídoto? ¿Por qué tendemos a asociar el saber demasiado con el peligro?

Saber es despertarse.

Quizás por eso la historia de las librerías va indisolublemente unida a la de la subversión y quien se convierte en librero corre el riesgo de creerse miembro de una élite. Esto último es un gran error, porque los líderes a menudo pierden la perspectiva y el equilibrio, y se escoran hacia lo que defienden, actitudes que van contra la esencia del vendedor de libros y su disposición para aprender no solo de lo leído, sino también de la conversación con sus clientes. Una librería no debe ser el reino de quien la gestiona, sino un espacio neutral de libertad, que estimule la discusión.»

La memoria del mundo

«[...] Entre otras cosas, aventurarme un sábado por la tarde hasta Gran Vía, 29, y, guiada por las recomendaciones de *Babelia*, entrar en La Casa del Libro para buscar una novela que describía la rutina de un hospital psiquiátrico, *Monte miseria*. Creo que, junto con Strand en Manhattan y las librerías de Tokio Kitazawa, en el barrio de Jimbocho, y Tsutaya Books, en Daikanyama, que ocupa tres edificios conectados por Magazine Street, La Casa del Libro de Gran Vía en su versión 2001 es la librería que, al menos por ahora, más me ha impresionado en la vida. Sé que me queda mucho por ver... María me habla de la librería Péndulo, en México D. F.; Natalia, de El Ateneo, en Buenos Aires; Armando, de Lello, en Oporto; Fátima, de su Ibercultura, en Lucerna; Chris viaja solo hasta The Hermitage Book-shop, en Denver, y con Alessandra visita Aardvark Books, en Brampton Bryan (Reino Unido), y Shakespeare & Company Booksellers, en Viena. Mandan fotografías. Además, en mis búsquedas y lecturas tomo nota mental de intentar no morir antes de volar a China para ver alguno de los locales de la cadena Zhongshuge y me intereso por ese gran vacío en los libros sobre libros que es África. Tirando de este hilo descubro la historia de la librería Al Kitab, en Túnez, fundada en 1967 por Lilia Tej Kabadou, considerada la primera mujer librera del mundo árabe, y ahora regentada por su hija, Selma Jabbes, que en una entrevista a la revista *Actualitté*, y teniendo en cuenta el pasado y el presente de su país, definió los libros como “objetos considerados durante mucho tiempo peligrosos”.

Pero la “impresión” que algo o alguien deja sobre nosotros no depende ni de su tamaño ni de su ubicación ni, en el caso específico de las librerías, del volumen o la calidad del fondo que albergan o del peligro que han corrido por obstinarse en permanecer abiertas... Depende exclusivamente de nuestro ánimo, que es como el papel sobre el que se revela una fotografía [...].»

Mi propio descubrimiento

«Cuando contactaron conmigo desde el departamento de recursos humanos de la Gran Superficie de Callao, trabajaba a media jornada como traductora de anuncios de contactos del español al catalán y me pasaba las horas en una oficina verdosa de la calle San Bernardo censurando las retorcidas apetencias sexuales de un ruso llamado Vladimir y leyendo a escondidas *El mar, el mar* en una voluminosa edición de Lumen que a duras penas sostenía en mi regazo para ocultarla bajo la mesa. La Gran Superficie de Callao quería que participara en una dinámica de grupo de la que saldrían los finalistas para ocupar un par de plazas vacantes en su librería. Inmediatamente dije que sí. Ahora sé que, aceptando aquella cita, puse fin a mi propia prehistoria.»

Tercera parte

d. G. (DESPUÉS DE GUTENBERG): YO, LIBRERA

Norte, sur, este y oeste (II): tipos de librerías

«A finales de los años noventa, cuatro profesores de la Escuela para Libreros Umberto y Elisabetta Mauri, en Milán, publicaron un manual titulado *La librería como negocio*,¹ que en 2004 se tradujo al español y yo adquirí en 2005. [...] Resulta interesante y contiene un brevísimo apartado dedicado a los tipos de librerías, que los autores resumen en seis: la librería escolar, centrada en los libros de texto; la librería multiespecializada, también conocida como de interés general o generalista; la librería especializada, cuyo contenido monográfico busca satisfacer un nicho específico del mercado; la librería de las tiendas departamentales, incorporadas a los grandes almacenes y los supermercados; la librería de kiosco, anexa a los puestos de venta de prensa, minúscula y ya casi extinta; y la librería de saldos. El apartado siguiente al que contiene este listado lleva por título “La librería en tiempos de internet” y reflexiona acerca de la “enorme dificultad” que “todavía experimentan las empresas para dar el salto del negocio físico al virtual a causa de una cultura empresarial tradicional, del miedo a perder sus ganancias, del escaso conocimiento de las nuevas reglas, de la resistencia general al cambio [...] y de cierta fragmentación comercial (que tiene como consecuencia la aparición de negocios de pequeñas dimensiones)”.

Han pasado casi veinte años desde la traducción de este párrafo a nuestro idioma y su vigencia hoy es prácticamente nula, por eso lo he escogido, porque una de las mejores maneras para comprender hasta qué punto en la tercera década del siglo XXI el sector editorial ha experimentado una decisiva transformación es compararlo con el tiempo inmediatamente anterior. En la actualidad, la relación entre el tamaño de la librería y la pertinencia de su presencia en la web, afortunadamente, se ha esfumado por completo; y si quedaba alguna duda sobre la necesidad de prolongar el espacio físico de venta hasta el escaparate virtual, algún argumento a favor de esa “resistencia general al cambio” que los profesores mencionan, la pandemia ha acabado con ellos.»

Gutenberg y el *Big Bang*

«Y ¿qué pinta Gutenberg en todo esto? Muy sencillo: si Gutenberg y Mercedes Castro no hubieran existido, me habría quedado sin leer la mayoría de las historias que han ido cincelandome con más o menos esmero, puliéndome como la lluvia sobre la roca; y, lo que resulta aún más descorazonador, sin ellos no habría conocido a algunas de las personas que más he querido. El primero inventó la imprenta para Europa. La segunda, como responsable en 2005 de la librería de la Gran Superficie de Callao — inconcebible sin la mencionada aportación de Gutenberg —, seleccionó a un equipo que me incluía y en el que encontré un montón de almas afines, con las que experimenté la euforia de la juventud y viví a la intemperie, llevando hasta el

extremo mis pasiones: el amor y el sexo, la conversación, el pollo de KFC y, por supuesto, la literatura.»

«El lenguaje es un arma, ya lo he escrito en páginas anteriores: el lenguaje es un arma y los libros, las lecturas compartidas, el estímulo de la subversión entendida como un proceso cotidiano. Avanzamos porque conformarse no es una opción y por eso también leemos. [...] pronunciar una sola palabra, pensarla incluso, modifica nuestra percepción y la de los otros, la multiplica. Al describirlo, transformamos lo que vemos y, al relatar lo que imaginamos o conversar sobre lo intangible, abrimos la puerta a lo que no se ve. ¿No es esto peligroso? ¿No encierra todo acto de comunicación una responsabilidad implícita que en nuestro tiempo hemos olvidado? En el siglo XV y los inmediatamente posteriores, sin embargo, estaban seguros de que así era y, por lo tanto, no resultaba fácil ser librero. El libro se consideraba un material altamente sensible y solo unos pocos elegidos obtenían los permisos necesarios para comerciar con él.»

Sobre Shakespeare y Cervantes o, lo que es lo mismo, sobre el amor y la locura

«Cuando nos quedamos con la librería en el verano de 2018, nos quedamos también con los libros que los antiguos propietarios tenían a la venta. Cervantes y compañía nunca cerró, simplemente cambió de manos, pero la entrada de la clientela no se interrumpió ni un solo día y, durante las semanas que siguieron al traspaso, me dediqué a investigar el fondo de aquel lugar mágico, que de repente nos pertenecía y en el que se alojaban varios miles de obras distintas. Me detuve a ojear muchas y una de ellas, *Shakespeare: la invención de lo humano*, de Harold Bloom, me llamó especialmente la atención. Bloom escribió allí lo siguiente:

¿Podemos concebirnos a nosotros mismos sin Shakespeare? Cuando digo “nosotros mismos” no me refiero solo a los actores, directores, profesores, críticos, sino también a usted y a todos los que usted conozca. Nuestra educación, en el mundo de habla inglesa, pero también en muchas otras naciones, ha sido shakespeareana.

¿Por qué Shakespeare en este viaje que hemos emprendido y no Homero? Porque hablamos de librerías y de libros, y no tanto — aunque también— del relato y del origen de la ficción. Si hay alguien que nos remite a lo que de inherente al alma humana tiene que nos cuenten historias y podamos compartir las nuestras, escritas o no, ese es el misterioso autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, pero Shakespeare dio un paso más. Irrumpió en un mundo en el que ya estaban en marcha las imprentas y las puertas de los teatros se abrían tanto para el público corriente como para la corte, un mundo que había cambiado el silencio de las bibliotecas por el murmullo colectivo de los palcos y los corrales de comedias. [...]»

«No es que Shakespeare llegara el primero, es que llegó en el momento adecuado.

Eso sí, no lo hizo en solitario. Alguien llegó a la vez para plasmar sobre el papel una de mis obsesiones más constantes, los efectos de la locura, y transformar irrevocablemente los parámetros del mercado editorial y el *ranking* de los géneros literarios.»

«El 29 de septiembre de 1547 nació en Alcalá de Henares Miguel de Cervantes Saavedra, destinado a convertirse en el integrante único de una revolución, la que generó su novela *Don Quijote de La Mancha*. Cuando le hablé a mi amiga la editora de Salamandra Anik Lapointe* de este proyecto, mi viaje imaginario por la historia de las librerías, ella me dijo: “A mí lo que me gustaría saber es cuál fue la primera edición del *Quijote*, cuándo y dónde se publicó, y quién la puso primero a la venta»; y yo no supe qué contestarle, pero tomé nota mental de la importancia que se concentraba en estas cuatro incógnitas: cuál, cuándo, dónde y quién.

La primera edición del *Quijote*, la edición príncipe que contenía su primera parte, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, vio la luz en 1605, aunque las gestiones para que

llegara a imprenta se habían iniciado un poco antes, durante 1604. Fue el 26 de septiembre de ese año cuando se consiguió el privilegio real que autorizaba la publicación de la obra [...].»

«Pero ¿dónde está el secreto? ¿Qué hace que sea un libro y no otro el que esparza su mensaje con la rapidez de la llama sobre la pólvora y lo haga perdurar a lo largo de los siglos manteniendo su interés? No existe una fórmula mágica.»

«A lo largo de mi trayectoria profesional he visto convertirse en superventas libros tan diferentes como *La sombra del viento* (Planeta, 2001), *El tiempo entre costuras* (Temas de Hoy, 2009), la ya mencionada *Soy un gato* (Impedimenta, 2010), *El capital en el siglo XII* (Fondo de Cultura Económica, 2013) o *El infinito en un junco* (Siruela, 2020), y no creo que lo que une a estos títulos sea únicamente su capacidad para “conectar” con el lector — por otro lado, imprescindible para el triunfo—. No nos engañemos, ¿cuántas personas se habrán hecho con ellos para dejarlos a medias u olvidarlos inmediatamente después de exponerlos en su mesa de café? Recordemos: los libros no solo se compran para leer y es en esta revelación donde se enroca el núcleo de su resiliencia, el poder que les ha permitido sobrevivir durante milenios, porque el valor tangible de un libro, el magnetismo que puede llegar a ejercer su calidad de objeto, es comparable a la magia que, si es bueno, oculta su contenido. Un libro puede convertirse fácilmente en un símbolo y, al pertenecernos, habla de nosotros [...].»

«Tenemos la imprenta de Gutenberg, las emociones universales de Shakespeare y la gran novela de Cervantes, escrita no para unos pocos, sino para el mundo entero: tecnología, contenido y estructura de largo alcance, una troica explosiva y necesitada de espacios en los que dejar dormir sus bombas de efecto retardado, porque ¿acaso no son también las librerías un campo de minas?

Al hacer un alto en nuestro viaje, mezclándonos entre el público de un teatro isabelino de la misma manera en que nos detuvimos a tomar resuello en lo alto del faro de Alejandría, nos resultará abrumadora la visión del futuro y su estrecha relación con estos tres hombres visionarios. Quizás la prueba más clara de su influencia sea la celebración, desde 1930, del Día del Libro cada 23 de abril, fecha compartida de la muerte del dramaturgo y el novelista;5 y también es significativa la proliferación de instituciones, editoriales y librerías bautizadas con sus nombres: el Instituto Cervantes, la editorial Galaxia Gutenberg, la mítica Shakespeare and Company y, por supuesto, sumándose a una larga lista de comercios homónimos, Cervantes y compañía.»

Las amistades peligrosas

«Con una primera tirada de 2.000 ejemplares y once ediciones tan solo en el primer año5 — unas cifras que en el siglo XII quedan reservadas para un porcentaje mínimo de novedades—, el revuelo que causó *Las amistades peligrosas* quizás se vio estimulado por la influencia de los escaparates, que hicieron su aparición coincidiendo con su salida a la venta, en un periodo que también vio cómo se consolidaba el reconocimiento de los derechos de autor. El Reino Unido fue pionero en este tema gracias al Estatuto de la reina Ana, que entró en vigor en 1710 y está considerado como el origen del *copyright*. Junto con este triunfo incipiente de la reivindicación de la autoría y principalmente en el norte de Europa, el asociacionismo dio sus primeros pasos entre los profesionales del gremio.»

«¿Por qué soy librera? Durante mi etapa en Bertrand, al principio en Zaragoza y luego en Alcalá de Henares, donde trabajaba a un paseo de distancia de la casa de Cervantes, me lo pregunté con bastante frecuencia. ¿Qué hay en mí que se apacigua al verme rodeada de libros y expuesta a las preguntas y las opiniones de los lectores desconocidos, que se fían de mi palabra? No tengo una respuesta, pero sí creo en la intuición y en ese sexto sentido que nos susurra al oído cuál es

nuestro sitio y nos avisa cuando lo hemos encontrado. Tal vez sea librera porque soy incapaz de conformarme con una sola vida.

Me gustan las historias, contar las mías y leer y escuchar las de los demás; y también me gustan los entornos pequeños, esos en los que el mundo se reproduce en miniatura gracias a lo que ocultan y a quienes los visitan convirtiéndolos en una constante y dotándolos de una energía mágica. Los libros son una invitación a la confianza y la caída de las armaduras, un lenguaje secreto capaz de codificar lo que más queremos y también lo que nos produce más dolor... y yo lo entiendo sin esfuerzo.

Los libros son mi lenguaje.»

Siglo XX: la euforia, la guerra y la amenaza del gigante invisible

«En París fue Shakespeare and Company, y en Moscú, La Librería de los Escritores, famosa por su dimensión política. Allí, entre 1918 y 1922, Mijaíl Osorguín lideró a un grupo de intelectuales rusos dispuestos a rebelarse contra el peligro que la Revolución Bolchevique suponía para la cultura. Décadas después, en los cincuenta, fue City Lights, en San Francisco, emblemático reducto de la Generación Beat; y en Madrid, en los años setenta, la librería Antonio Machado. Así fue como un espontáneo espíritu de comunidad, al que favoreció la recepción masiva de los medios escritos y el auge de la radio, cuyos mensajes contribuyeron a moderar los temas de debate y hacerlos llegar más lejos, se sumó al concepto de “librería”, que empezó a alejarse de la escueta definición del diccionario para incluir en su esencia la prescripción, la promoción y la militancia.

Y entonces llegó el cine.»

«En cuanto el séptimo arte empezó a nutrirse de las novelas y descubrió que las librerías y los profesionales dedicados al sector podían dar mucho juego [...] alcanzamos el momento de máximo esplendor para las librerías imaginarias y algunas de las más emblemáticas de la historia de la literatura tomaron forma. [...]»

«Dicen que Flourish and Blotts, donde Harry Potter y sus amigos se abastecen de bibliografía antes de ir a Hogwarts, está inspirada en la librería Lello, de Oporto, abierta desde 1906; y la librería donde trabaja Guido Orefice, en *La vida es bella*, podéis encontrarla si os dais un paseo por Arezzo. Junto con ellas, otras librerías reales, camufladas o no, se han convertido en el telón de fondo de escenas inolvidables, entre las que destacan las escogidas en Nueva York: es en una librería donde se reencuentran Harry y Sally, concretamente la Shakespeare & Co del Upper West Side; y son muchas las escogidas por Woody Allen [...].»

«En definitiva, y aunque la literatura no se ha quedado atrás y ha hecho de las librerías un tema importante, el cine es mi debilidad cuando se trata de recrearlas y trascenderlas, porque consigue mostrárselas no solo a los lectores ya conversos, sino también a aquellos que no leen, sorteando la trampa de la endogamia en la que a los profesionales del sector nos resulta tan fácil guarecernos. El cine rompe las barreras y, de la misma manera en que acoge a los librereros, encuentra en sus espacios buen cobijo.»

«El siglo XX, como una montaña rusa, osciló entre la euforia y el terror a una velocidad de vértigo. Acogió el desenfado inmediato a la Primera Guerra Mundial y las tinieblas de la Segunda. Asistió al despertar del cine, pero también al de los terribles efectos del armamento nuclear. Dentro de nuestras fronteras disfrutamos de las buenas intenciones de la República, nos arrasó el conflicto y nos sumergimos en los años de túnel que llegaron con la dictadura... Y a todo esto las librerías sobrevivieron. El papel, indefenso contra el agua y el fuego, resultó, contra todo pronóstico, una vez más, indestructible.»

«Pero la vida del vídeo, como la de las cintas que nos llevábamos al colegio para ensayar bailes absurdos durante el recreo, fue muy corta, porque no tardaron en llegar otros soportes más cómodos y resistentes... que también terminaron por desaparecer. La amenaza de un gigante invisible pudo con todos ellos.

En julio de 1995, seguramente mientras yo entraba aterrada en alguno de mis exámenes de primero de Periodismo, Amazon vendió su primer libro.»

Cuarta parte

PANDEMIA

La conquista de la red

«Antes de la pandemia, la actividad frenética de las librerías independientes se desarrollaba en los espacios que dentro de sus locales de venta destinaban a las presentaciones, talleres y clubes de lectura, accesibles para quienes, por cercanía, podían desplazarse hasta las tiendas y asistir a los eventos. Sin embargo, con la llegada del coronavirus, lejos de interrumpir su oferta cultural, las librerías independientes se pusieron tácitamente de acuerdo y trasladaron su agenda a internet, deslocalizándola y multiplicando su alcance.»

«De la noche a la mañana, Instagram Live, YouTube, Zoom o Facebook se llenaron de conversaciones con autores y lectores, cuentacuentos y recomendaciones literarias, y algo que a simple vista podría parecer anecdótico cambió la esencia de las librerías para siempre. En primer lugar, porque los libreros y las librerías adquirieron un perfil público y sumaron a sus competencias la de comunicadores y creadores de contenidos [...].

En segundo lugar, las librerías se transformaron porque por fin entendieron que, además de sus iniciativas culturales, en la web tenían cabida también sus ventas. Si esto fuera una charla de café, la expresión adecuada sería “las librerías cambiaron el chip” y acabaron con la falsa creencia de que el territorio digital estaba reservado únicamente para los más grandes, las plataformas y las cadenas. ¿Por qué no podían acceder a él y explotarlo con éxito los más pequeños? »

«Cuando asumimos la gestión de Cervantes y compañía en 2018, cervantesyca.com ni siquiera permitía la consulta del fondo que teníamos en la tienda. Apenas seis meses después del confinamiento, activamos nuestra pasarela de pago y la posibilidad de compra *online* a través de nuestra web. Desde entonces no ha habido mes en que no hayamos ingresado algo por ese medio.»

«[...] En 2011 había nacido Todostuslibros.com, pero no fue hasta 2020 cuando terminó de pulir su canal de venta, que facilita la compra directa a la librería independiente escogida por el cliente y garantiza su margen, además de ponérselo fácil a quien, por una cuestión ideológica, pretende apoyar el negocio de proximidad frente a los titanes comerciales.

Esta última idea nos conduce a las razones tercera y cuarta de la revitalización del sector, que no surgieron de los profesionales que lo integran, sino de aquellos que lo disfrutaban y de la competencia: por una parte, durante la pandemia se produjo un inesperado fenómeno de reencuentro con la lectura. Regresaron a ella muchos de los que la habían olvidado y otros tantos la descubrieron. El hecho de enfrentarnos a una situación límite nos devolvió a los placeres esenciales, al abc no solo de nuestras necesidades físicas, sino también de nuestras necesidades espirituales, entre las que destaca el hambre de historias y la intimidad con el relato, el margen de maniobra que la lectura concede a nuestra imaginación.

Por otra, si bien las librerías pudieron ponerse a la altura de las plataformas y las grandes superficies reforzando su presencia digital, las plataformas y las grandes superficies no pudieron ponerse a la altura de las librerías, porque les resultó muy difícil hacer ver que ellas también poseían su mejor arma: el factor humano.»

Norte, sur, este y oeste (III): el ciclo del libro

«[Mi obsesión] son los libros y explicar su ciclo, el frágil equilibrio que sostiene a las librerías en la actualidad, el cierre de esta misión de reconocimiento desde el ojo del huracán, un escenario a la intemperie y, sin embargo, parcialmente protegido por el Real Decreto que, en 2007 y coincidiendo con el lanzamiento de Kindle, el libro electrónico de Amazon, estableció para el sector la obligatoriedad del precio fijo de venta al público. Este «pequeño detalle», que para alguien ajeno a nuestra profesión podría parecer banal, supone un importante seguro de vida para las librerías independientes [...].»

Es en este contexto donde el autor que termina su obra se enfrenta a un abanico cada vez más amplio de posibilidades: presentarla a algún premio, enviarla a las editoriales con la ilusión de que alguna responda con un sí a la publicación; confiársela a su agente literario, si es que lo tiene, para que sea él quien utilice sus contactos y prestigio como tarjeta de visita; o autopublicar su texto, con las limitaciones que esta decisión conlleva y entre las que destacan dos: tener que hacerse cargo de la distribución de los ejemplares y carecer por completo de las garantías de calidad que el filtro de selección de editores y posteriormente de libreros le confieren implícitamente al libro.

Los editores son el núcleo duro del siguiente eslabón de la cadena, en el que, bajo su supervisión, también se ven implicados maquetadores, traductores, impresores, etcétera, y cuyo resultado es el libro dispuesto para llegar a las librerías y ser vendido, pero no sin antes pasar por la etapa quizás menos conocida del proceso, la distribución.

Las librerías no llenan sus estanterías contactando con las editoriales, sino con las distribuidoras. Ubicadas por lo general en la periferia, en grandes naves repletas de ejemplares, las distribuidoras son el enlace indispensable entre el editor y el librero, porque ellas se hacen cargo del traslado de la mercancía y de su almacenamiento durante los periodos en que no permanece en el espacio de venta.

«[...] ¿cómo es posible que una librería pueda permitirse disponer en sus expositores de semejante oferta y hacer frente a los pagos de tantos canales de suministro?»

La respuesta a la pregunta anterior se resume en el nombre de este epígrafe: gracias al derecho a la devolución.»

Norte, sur, este y oeste (IV): aprender a ser librero

«Pero ¿dónde aprender con calma y de cara a una futura aplicación práctica lo que, a grandes rasgos, acabo de explicar?»

«Mis repetidas incursiones en esos grupos de futuros editores y libreros, así como mi experiencia cotidiana en el ámbito del periodismo cultural, refuerzan en bucle lo que para mí ya es una contrastada certeza: que convertirse en una buena librería — de la misma manera que convertirse en una buena periodista — nunca podrá ser resultado únicamente de una formación reglada. Esta ayudará sin duda a enriquecer nuestros conocimientos, pero ejercerlos con brillantez exigirá por nuestra parte cierta predisposición vocacional al oficio, cierto don sin el que difícilmente alcanzaremos la excelencia.»

El lector, al final de todo

«Cuando nos enteramos de que Óscar quería traspasar Cervantes y compañía, Chris y yo fuimos a hablar con él y a ver las cuentas de la librería un sábado de junio. La reunión no duró mucho ni fue especialmente esclarecedora, pero, cuando salimos a la calle del Pez y nos quedamos solos bajo el sol de verano, Chris dijo: “Esto será difícil”. Y en ese instante supe que iba a ser nuestra. Han pasado casi cinco años y no nos hemos hecho millonarios — más bien al revés, nos movemos constantemente en esa cuerda floja que tensan las compras, las devoluciones y las ventas—, y tampoco hemos abandonado nuestros otros empleos [...]»

«Al afrontar el riesgo y correr esta aventura hemos acabado por descubrir que el último eslabón de la cadena es el más importante: lo más importante es el lector.»

«Asistiendo a las rutinas cotidianas de Malasaña desde detrás del mostrador que pintó Astur y que pronto desaparecerá para cederle el testigo a un mostrador nuevo, he comprendido que pocas cosas hay más pretenciosas que pronosticar el final del libro, entre otras razones porque formamos parte de él y él forma parte de nosotros. Además, ¿quiénes nos hemos creído para pensar que podemos acabar con un objeto que se mantiene en pie sobre más de cuatro milenios?

Él siempre nos vencerá.»

Ariel

Para ampliar información, contactar con:
Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ iprieto@planeta.es